

LA PATRIA DE MONTEAGUDO

Al Pbro. Dr. Pablo Cabrera

I

En el número 6 de la "Revista de la Universidad Nacional de Córdoba",—correspondiente al pasado agosto que recién llega a mis manos,—acabo de leer su interesante resumen de probanzas históricas, acerca de la nacionalidad argentina del ardiente apóstol de la revolución por la independencia sudamericana, para contrarrestar la prédica de ciertos escritores Perú-bolivianos, como don Enrique Finot que, impermeable a la luz de la nueva documentación, sigue repitiendo la conseja de que Monteagudo nació en Chuquisaca y que los argentinos carecemos de documentos fehacientes para justificar su nacimiento en territorio nuestro. (1).

Estimo por tanto en extremo oportuna y necesaria la divulgación de las noticias por Vd. coordinadas, y lo agregado con su diligente labor de rebuscador, como los importantes datos respecto del origen tucumano de su primo el cura Medina, que vienen a reforzar la difundida creencia que atribuye el nacimiento de Monteagudo en el suburbio de Tucumán, sobre ese Campo de las Carreras que más tarde ilustraría Belgrano con los laureles de una de las más espléndidas victorias de la revolución,

(1) "El Tiempo", de Lima, julio 8 de 1917.

como lo suponía el historiador Fregeiro en su "Ensayo biográfico" de Monteagudo el año 1879.

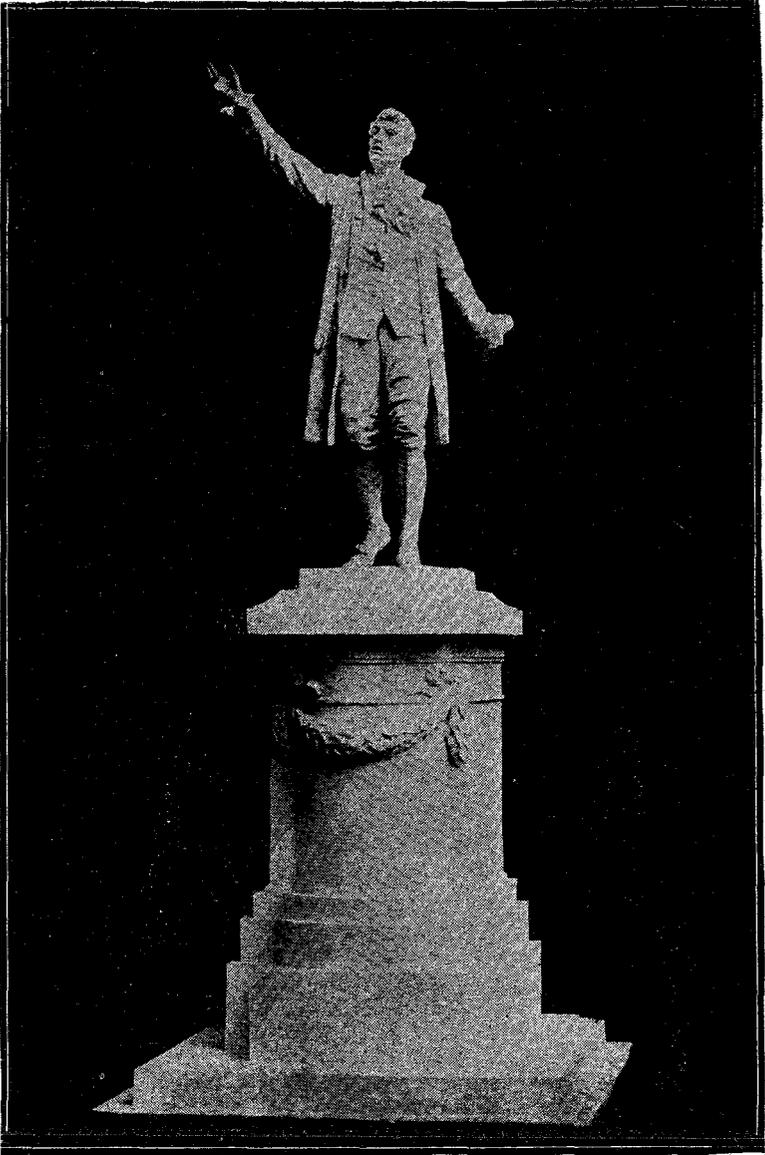
La nave que conduce los restos del célebre confidente y ministro de San Martín,—asesinado villanamente en una callejuela de Lima por los amigos de Bolívar,—no tardará en arribar a éstas playas; y nuestra Junta de Historia y Numismática Americana se dispone a inaugurar la estatua del prócer en el Parque de los Patricios, frente a la calle que ya perpetúa su nombre.

Conviene de consiguiente a nuestro derecho traer al debate las pretensiones de los escritores del alto Perú, para averiguar si es en verdad una "sorpresa de mal género" el homenaje que preparamos al patricio, como afirma el escritor don Enrique Finot protestando desde las columnas de un diario de Lima, por la entrega de las cenizas de Monteagudo hecha por el gobierno peruano.

El señor Finot no aporta al viejo pleito un solo argumento nuevo, nada propio ni cosa alguna que ya no se haya dicho o rebatido. Se limita a reeditar la peregrina inducción silogística del escritor boliviano don Valentín Abecía: estando probado que los padres de Monteagudo se casaron en Chuquisaca, y siendo este hijo habido en ese matrimonio, luego debió nacer en dicha ciudad. (2)

(2) **Inauguración de la estatua del coronel doctor José Bernardo Monteagudo en el centenario de la revolución de Mayo, Sucre 1909.** El breve opúsculo contiene el discurso oficial en la inauguración del monumento al brillante tribuno; el autor, que desde un cuarto de siglo atrás nos venía amenazando que poseía en su gaveta la partida natal, desperdió aquella oportunidad solemne y única, limitándose a ofrecernos el acta del matrimonio de los padres, celebrado en 1786; en la cual finca su risueña teoría: el hijo nació allí porque sus progenitores allí se casaron...

Mucho antes que el Sr. Abecía, otro papellista boliviano don Samuel Velasco Flor, también anunció poseer copia certificada del asiento bautismal—sin publicarlo por cierto hasta la fecha—y del cual resultaba que, el nacimiento tuvo lugar en Chuquisaca siendo cristianado el pár-



El monumento a Monteagudo.
Maquette del escultor G. Eberlein

A esto se reduce lo que el protestante llama “prueba incontrovertible”.

Desde luego, el casamiento en un lugar no indica vengidad permanente en él, ni autoriza en buena lógica la certidumbre de que los hijos procreados hayan de nacer en dicho lugar. Se sabe por la documentación existente en los archivos de Buenos Aires, Jujuy y Tucumán,—mencionada en la obra de Fregeiro,—que el padre de Monteagudo era español, que fué soldado de dragones en las tropas del virreinato de Buenos Aires, que fué alcalde en Jujuy, que estuvo en esta ciudad cuando las invasiones inglesas y ascendió a capitán, y que en 1825 residía en Tucumán donde testó; de todo lo cual se infiere que debió hacer la vida ambulante a que lo obligaban los acontecimientos de la época, lo que derrumba el endeble andamiaje del silogismo chuquisaqueño sobre la supuesta permanencia de la familia en Chuquisaca.

Después de la copiosa divulgación de la carta de Monteagudo, fecha agosto 27 de 1809, al cura de Sica-Sica el patriota tucumano don José Antonio Medina, a quién con el tono cordial llama: “primo, *paisano* y amigo”—que Vd. ha reproducido—y cuyo original autógrafo existe en el Archivo Nacional en un legajo intitulado: “Cartas, proclamas y borradores del cura Medina”, me parece una terquedad candorosa empeñarse en negar el origen argentino que en dicho documento se confiesa.

Esa carta no era inédita; fué reproducida en la página 72 de un folleto titulado: “Apéndice a los documentos publicados en la obra de G. René Moreno. Ultimos días coloniales del Alto Perú. Colección formada por Adolfo Durán”. Buenos Aires, establecimiento gráfico A. Cantiello, 1909.

En el mismo año y por la misma imprenta, otro escritor bo-

vulo en julio 14 de 1785. Esta fecha no acomoda como se ve, con la del matrimonio, y descabala la teoría del Sr. Abecía, porque resulta que el hijo habido dentro del matrimonio chuquisaqueño se les escapa para aparecer un año antes.... Los mentirosos deben tener buena memoria, dice Víctor Hugo.

liviano don Manuel M. Pinto h., dió a luz el estudio histórico “La revolución de la intendencia de la Paz en el virreynato del Río de la Plata”, en cuyo Apéndice página CCXX reproduce la carta citada a fin de comprobar lo afirmado en la página 99 del texto, de que había encontrado mezclados en la revolución paceña “a dos *tucumanos*, Antonio Medina y Bernardo Monteagudo”.

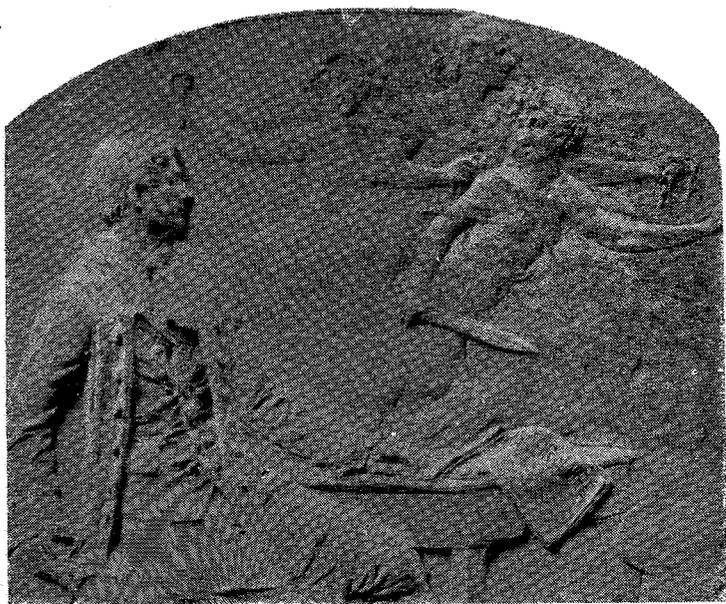
Dos años después, nuestro colega de la Junta de Historia y Numismática Americana don Carlos Y. Salas, en un bien informado artículo intitulado “La cuna del Dr. Monteagudo”, volvió a reproducir la carta para anteponerla a las inducciones antojadizas de los escritores Velazco Flor, René Moreno y Abecía acerca del supuesto natalicio en Chuquisaca. (3).

Y con el propósito de añadir nuevas probanzas valederas a este pleito lugareño, presentó otra carta del año 1817—no mencionada por Vd. en sus importantes apuntaciones—que conviene reproducir a fin de aclarar el misterio que ensombrece la cuna del gran demagogo, a quien pintó Echeverría en el poema “Ave-llaneda”, glorificando a Tucumán, con aquellos versos olvidados que, al decir de don Juan María Gutiérrez describen con rara y armoniosa concisión el camino de aquel bello meteoro del cielo de nuestra política.

Y allí vino a la vida Monteagudo,
El de gran corazón e ingenio agudo,
Del porvenir apóstol elocuente,
Que entre las pompas del marcial estruendo,
Fué desde el Plata hasta el Rimac vertiendo
La fe viva y la lumbre de su mente.

En la breve noticia que le consagró don Juan María Gutiérrez en sus “Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina” (Buenos Aires, 1860.

(3) “La Nación”, de Buenos Aires, diciembre 19 de 1911.



Medalla de la Junta de Historia y Numismática Americana,
acuñada en la fábrica nacional de medallas de C. y A. F. Rossi

página 140) dice que tuvo a la vista esa carta autógrafa de Monteagudo dirigida a Rivadavia desde Burdeos, y la cual debe parar en el corpus documental de la Biblioteca Nacional, pues está citada bajo el número 5157 del "Catálogo de manuscritos" (4).

Dice así:

"Señor don Bernardino Rivadavia—París, 23 Rue Lepelletier.—Burdeos, mayo 1º. de 1817.—Compatriota y muy señor mío: Ayer debió salir de Pouillac el bergantín Williams pa. el Río de la Plata, y aprovechándome de la ida de Vazqz. he escrito largamente a nuestros buenos paisanos, que parecen poco dispuestos a acordarse de los ausentes.

(4) Haciéndose eco de la leyenda infamante propalada por Riva Agüero, en el libelo famoso clasificado por Vicuña Mackenna de "baúl de ponzoña y calumnias contra los hombres más altos de la independencia de América" (Catálogo razonado de la Biblioteca Beéche, pág. 330), de que era hijo de una negra esclava y un soldado español; don Juan María con la gracia elegante de su estilo insinúa que era mulato. "El doctor don Bernardo Monteagudo—dice—tuvo su humilde cuna en la ciudad del Tucumán, y es tradición que se hallaba, por parte de la madre, en el caso de aquellos de quienes dice Lope de Vega:

Haberles dado el sol más fuerte

En el común camino de la muerte.

En carta a Pueyrredón, del año 13, datada en San Luis, transcripta por Gutiérrez, ya había rechazado la innoble imputación escribiendo: "Yo no hago alarde de contar entre mis mayores, títulos de nobleza adquiridos por la intriga y acaso por el crimen, pero me lisonjeo de tener unos padres penetrados de honor, educados en el amor del trabajo y decentes sin ser nobles". (Ob. cit., pág. 138). Esto es lo probable. Por lo demás las cláusulas del testamento del padre de Monteagudo, tantas veces reproducido, desautorizan la absurda patraña acerca de su origen. Si hubiera sido hijo de negra esclava, como dijeron sus enemigos, habría seguido la triste condición de la madre de acuerdo con las duras leyes vigentes por aquellos días; la declaración de la Asamblea del año 13 sobre la libertad de vientres para los hijos de esclavos, tardaría aún más de un cuarto de siglo en llegar.

Entretanto la leyenda del odio enconado continúa prosperando. Así

“Siento haber sido poco feliz en mi modo de expresarme sobre la comsn de Funes y Castro. Tampoco se lo que por desgracia pude haber dicho de Toledo que merezca la observación que V. se sirve hacer.

“Cuanto más tiempo pasa menos me puedo familiarizar con este pueblo... Goce V. de las ventajas de esa gran ciudad y sea tan feliz como sinceramente lo desea su affmo. compatriota y servidor.—Monteagudo”.

En los primeros meses de este año, el doctor Julio Peña antes de desprenderse de una colección de documentos y folletos raros que iba a donar al Museo Histórico, los hizo imprimir en un

el escritor chileno don Ernesto de la Cruz, en un libro recién aparecido: **Epistolario de O'Higgins**, Santiago 1917, se ensaña contra la memoria del muerto inerte que ya no puede devolver golpe por golpe,—como el brioso paladin sabía hacerlo,—cubriéndole de imputaciones injuriosas. A vuelta de muchas páginas, en efecto, asoma su diatriba rencorosa contra “el mulato servil y criminal que hacia siempre su aparición como el buitre al olor de los cadáveres” (pág. 101 y *passim*); y todo a propósito del fusilamiento de los hermanos Juan José y Luis Carrera, ejecutados en Mendoza el 8 de abril de 1818, previo proceso donde se comprobó su complot revolucionario para apoderarse de San Martín y O'Higgins; y en el cual si bien Monteagudo figura como asesor letrado no es suya la responsabilidad exclusiva, sino del tribunal que les condenó a muerte como conspiradores contra el orden público, y del gobernador Luzuriaga que puso el cúmplase a la sentencia y la mandó ejecutar. Por lo demás, el héroe chileno en cuyo honor se ha publicado el libro, aconsejó sin reticencias su ejecución: “Un ejemplar castigo y pronto—escribía a San Martín—es el único remedio que puede cortar tan grave mal; desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carreras, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de América”. (**Epistolario**, carta de O'Higgins a San Martín fecha septiembre 9 de 1817, pág. 122). ¿Por qué echar entonces toda la responsabilidad de la muerte, sobre “el alma negra de aquel mulato feroz y la torpe debilidad del gobernador Luzuriaga”, como lo hace el escritor chileno, en nota al pie precisamente de esa carta denunciadora de la participación directa de O'Higgins?..

elegante volumen rotulado "*Documentos Antiguos*", para ofrecerlo a los estudiosos del pasado argentino.

Precisamente, entre sus páginas se registra un interesantísimo epistolario inédito de Monteagudo, formado por cinco cartas dirigidas desde Burdeos a Rivadavia, residente en París a la sazón, que comprende el espacio transcurrido del día 7 de enero al 20 de agosto de 1817; en las cuales, a cada paso, informándole de las cosas de Buenos Aires por las noticias de las gacetas, y de la marcha de la revolución tema predilecto de sus cavilaciones, vuelca en aquellas carillas presurosas el sentimiento arraigado de su amor a la tierra natal. Así en la del 5 de febrero exclama al pronto: "nuestro país es lo mejor de América". Y más adelante, en la misma carta le pinta la congoja que le conturba con el cuadro: "de la miseria y la terrible idea de un porvenir incierto, ante el tedio habitual que produce la inacción y el aislamiento a que estoy forzado".

Oigamos aún este otro pasaje final, tan sincero y conmovedor que no se lee sin recóndita emoción: "Mi amigo, ¡qué terrible es haber llegado a la mitad de la carrera de la vida, y no tener ni medios para subsistir, ni protectores a quien ocurrir fuera de la angustia de ser espectador remoto de la lucha, en que el hombre tiene más días a pelear, y a estar fuera del combate hasta vencer o morir!" (5).

Se diría que el alma atormentada del fogoso demagogo, está palpitando toda entera en esas páginas dolorosas, al trazar palabras tan altas y viriles con el presentimiento del sacrificio de su vida.

La correspondencia se trunca con la carta del 20 de agosto, en la cual se despide de Rivadavia anunciándole que va a partir para Buenos Aires, en la fragata "L' *Entreprise*", pronta a zarpas del puerto de Pouillac. El desterrado volaba a la patria pa-

(5) *Documentos antiguos*. Buenos Aires, 1917, imprenta de José Tragant, calle Belgrano, 472, págs. 371 a 373.

ra correr al lado de San Martín, del que no había de separarse más; y es sabido que solo después del alejamiento voluntario del libertador, sus enemigos de Lima pudieron vencerle eliminándolo de la escena política, por medio del puñal de un mercenario, para extinguir la llama que brotaba de su cerebro maravilloso.

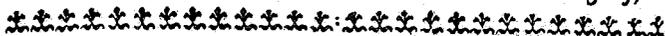
Cumplíase así el aciago presagio escrito sin flaquezas de ánimo con su probada hombría, de ir a pelear sus días hasta vencer o morir...

II

Del estudio combinado de estas piezas surge con plena evidencia una reiterada confesión del origen argentino de su autor. Dirigiéndose al cura Medina—nativo de la ciudad de Tucumán como acaba de demostrarlo Vd. documentalmente—con ese lenguaje familiar que autorizan los vínculos del parentesco y la camaradería cultivada en la misma villa natal, le llama: “afectísimo, primo, *paisano* y amigo”. Cuando escribe al porteño Rivadavia, con quien no tiene amistad, le dice con exquisita cortesía: “Compatriota y muy señor mío”, y termina las epístolas: “su *affmo.* compatriota y servidor”.

El vocablo *paisano* se aplica generalmente al conterráneo o nativo del mismo lugar; pero la voz castiza define también al que es del propio país. De manera que Monteagudo, hombre docto en letras, empleó correctamente la palabra con el primer significado cuando titula *paisano* al cura tucumano Medina, porque ambos eran hijos de Tucumán; y en el sentido más amplio de naturales de un mismo país, al dirigirse a Rivadavia diciéndole que ha escrito largamente “a nuestros buenos *paisanos*”, es decir argentinos. Y todavía acentúa con mayor precisión el concepto de su argentinidad, al titular al ilustre hombre público, “compatriota”, vale decir de la misma patria.

La carta que dejó transcrita y las cinco reproducidas por el doctor Julio Peña fueron escritas en 1817, un año después



MARTIR, O LIBRE.

LUNES

25 DE MAYO DE 1812.

Rempublicam, vitamque omnium vestrum... hodierno die, deorum immortalium summo erga vos amore.... ex flama atque ferro, ac pene ex faucibus fati ereptam, et vobis conservatam ac restitutam videtis,

Cicer. in L. Catalinam III. In exord (4)



ENSAYO SOBRE LA REVOLUCION DEL RIO *de la Plata desde el 25 de mayo de 1809.*

¡**Q**ué tranquilos vivían los tiranos, y que contentos los pueblos con su esclavitud antes de esta época memorable! Parecía que nada era capaz de turbar la arbitraria posesion de aquellos, ni menos despertar á estos de su estúpido adormecimiento. ¿Quién se atrevía en aquel tiempo á mirar las cadenas con desdén, sin hacerse reo de un enorme atentado contra la autoridad de la ignorancia? La fanática y embrutecida multitud no solo graduaba por una sacrilega quimera el mas remoto designio de ser libre, sino que respetaba la esclavitud como un don del cielo, y postrada en

(a) *Hé querido tributar á la religiosa memoria de este dia nacional. el obsequio de variar el tema de mi periodico en este numero para retratar de un solo rasgo todas las ventajas que ha producido esta memorable revolucion.*

64

nitos que en todos los pueblos visten la máscara de indiferentes. ¿Pero entre estos quienes son los mas culpables? Los europeos no, porque al fin es natural que sientan perder lo que creyeron poseer eternamente: pero los americanos! Yo no creo que ellos tengan bastante sangre para expiar sus crímenes, y la indulgencia con estos es el supremo crimen que puede cometer el gobierno.

Pero yá que en este día celebramos la gloriosa memoria del 25 de mayo de 81o debemos reflexionar antes de asistir á los espetáculos y fiestas públicas que todas las fatigas, angustias, sobresaltos y privaciones que hasta hoy hemos sufrido, son otros tantos motivos que nos empeñan á continuar la obra de nuestra salud con firmeza y con coraje: reflexionemos que la sangre derramada por nuestros campeones en las llanuras de Huaqui, en los campos de Aroma, en las inmediaciones de Amiraya, en las margenes del rio Suipacha, en las quebradas del Nazareno y en la gloriosa accion de las Piedras grita por la venganza y el castigo de nuestros orgullosos opresores. Y si nos creemos dignos del nombre americano vamos, vamos quanto antes á exterminar á los mandatarios de Montevideo, á confundir al protervo Goyeneche, y salvar á nuestros hermanos del imperio de la tiranía: funcionarios públicos, guerreros de la patria, legiones cívicas, ciudadanos de todas clases, pueblo americano jurad por la memoria de este dia, por la sangre de nuestros mártires, y por las tumbas de nuestros antepasados no tener jamas sobre los labios otra expresion que la independencia, ó el sepulcro, la LIBERTAD ó la muerte.

Casi siempre queda burlado el zelo por la insuficiencia de sus esfuerzos, y el que desea ser mas util acierta menos con los medios de conseguirlo: sea este ú otro el motivo que me anima, suspendo desde hoy este periodico con la unica satisfaccion de haber dicho quanto siento á beneficio de la causa de mi patria: si no siempre ha sido con ventaja, por lo menos mis deseos nunca han sido otros. En fin triunfe la LIBERTAD, y sea lo que fuere de la opinion de algunos acerca de las mias.

Buenos Ayres Imprenta de Niños Expósitos.

Ultima página del «Martir o Libre» publicado en Buenos Aires por Monteagudo, en que proclama su argentinidad

de haberse definido nuestra nacionalidad con la solemne declaración del Congreso de Tucumán; no podía pues llamar paisanos y compatriotas un nativo de Chuquisaca a los argentinos Medina, Rivadavia, Funes y Castro Barros; y Monteagudo sincero hasta la violencia no era hombre de cometer tales simulaciones.

Si bajo su firma, dirigiéndose a tan distinguidos compatriotas mezclados con él en la empresa emancipadora, ha confesado su origen, es porque se sentía con la emoción patricia de la tierra donde se abrieron sus ojos a la primera luz, y en la que van a reposar al fin tras las crueles peripecias de su dramático destino, que conoció el baldón, la injuria y la leyenda infamante urdida por la envidia de sus émulos, pero sobre las cuales se alza depurada por el martirio, la gloria de su espíritu ardiente de patriota echado sin una flaqueza a la hoguera revolucionaria.

En presencia de estas categóricas declaraciones confirmatorias de su nacionalidad,—divulgadas por el libro y la prensa,—que el escritor Finot no podía ignorar: ¿podrá seguir repitiendo, sin evidente demasía, que hemos realizado “una sorpresa de mal género” al reimpatriar las cenizas de uno de los más eminentes periodistas y hombres públicos de la revolución argentina?..

Falta, es cierto, la partida bautismal, la prueba por excelencia de la filiación pero no la única como es sabido, puesto que puede suplirse con otros elementos de convicción, emanados del propio interesado o de sus contemporáneos que le conocieron y trataron, y que tenían por tanto motivos fundados para saber los detalles referentes a su vida.

Tal ocurre, por ejemplo, con el general don Gerónimo Espejo, compañero de armas de Monteagudo en el ejército libertador de San Martín, quien confirma su nacimiento y origen en la ciudad de Tucumán con datos extraídos del Juzgado de aquella ciudad por el doctor Uladislao Frías; y con las interesantes “Tradiciones orales” coordinadas por el historiador don Vicente G. Quesada, en las cuales confirma idéntico origen en presencia de los datos y antecedentes acumulados, a solicitud del literato chi-

leno don Benjamín Vicuña Mackenna para escribir la biografía del doctor Monteagudo. Ambas cartas fueron escritas por Espejo y Quesada para la "Revista del Paraná", en agosto y diciembre de 1860, y están reproducidas con el sugerente título de "Páginas olvidadas", en "La Nación" de junio 30 de 1911.

Tampoco conocemos la partida del nacimiento de San Martín, ¿y quién se atreve a dudar hoy, cuando en el acta de esponsales declaró ser natural del pueblo de Yapeyú en las Misiones?

En mi estudio crítico "La casa natal de San Martín" reproduje en facsímil dicho documento, y expresé la creencia de que el acta bautismal debía buscarse en los libros del regimiento mandado por su padre, porque los militares gozaban de ese privilegio de fuero en la época; hecho que se encuentra corroborado con la de Rosas, que no aparecía en los libros parroquiales de Buenos Aires, y fué encontrada en el registro del batallón a que servía su padre, habiendo efectuado el bautizo el capellán del cuerpo doctor Pantaleón Rivarola. (6).

Entre los datos acumulados en el "Ensayo biográfico" del concienzudo historiador Clemente L. Fregeiro, se consigna que don Miguel, el padre de Monteagudo, se encontró en Buenos Aires cuando las invasiones inglesas siendo nombrado capitán de milicias el año 11. No es aventurado imaginar que era ya militar por los años en que se supone nacido su hijo Bernardo—1785 más o menos,—y si residía en Tucumán y allí tuvo lugar el nacimiento, bien pudo hacerlo cristianar por el capellán del cuerpo a que pertenecía. (7)

¿No existirá en el archivo de aquella ciudad algún libro de registro de las tropas allí acantonadas por esa época? O entre los expedientes judiciales, que según el testimonio del doctor

(6) Juan A. Pradère, Juan Manuel de Rosas, su iconografía. Buenos Aires 1914, pág. 11.

(7) C. L. Fregeiro, Don Bernardo Monteagudo, ensayo biográfico. Buenos Aires, 1879, pág. 20.

Uladislao Frías que los vió—mencionado por el general Espejo en la carta a Beéche—existirán las actuaciones referentes a Monteagudo, sin duda, por la cesión de derechos a la herencia gestionados por don Francisco Ugarte, a estar a una noticia de don Domingo de Oro, digna por la procedencia de ser tenida en cuenta?

Quizás entre esos legajos de papeles polvorientos yace oculta la clave para desgarrar el misterio, que cual hado maldito ensombrece su origen, y ha dado pábulo a la rencorosa leyenda propalada por el odio de sus enemigos, hoy disipada en gran parte con la documentación que va saliendo a luz, y que cada día arroja nuevos indicios sobre la cuna tucumana del prócer. Pero hay que seguir esos rastros hasta completar la investigación, aunque sea por el puro placer mental de confundir a los que continúan negando como el señor Finot.

Valdría la pena que nuestros compañeros de la Junta de Historia y Numismática Americana, los doctores Juan B. Terrán y Ricardo Jaimes Freire, vecinos de Tucumán, tentarán la búsqueda, hoy que el nombre y la gloria de Monteagudo han vuelto a resonar tras el largo olvido; y cuando su estatua, con la consagración suprema del bronce, va a erguirse en la ciudad forjadora del rayo revolucionario, a cuya causa ofrendó el paladín sòberbio,—cuya patria se disputan tres repúblicas que él ayudó a libertar,—el culto ardiente de su corazón y de su pluma.

MARTINIANO LEGUIZAMON

Buenos Aires, noviembre 20 de 1917.
